

Ethos y economía: Weber y Foucault sobre la memoria de Europa

Ethos and economics: Weber and Foucault on the memory of Europe

*JOSÉ LUIS VILLACAÑAS BERLANGA**

Resumen: Este ensayo muestra la diferencia entre neoliberalismo y ordoliberalismo a partir de las raíces weberianas del segundo movimiento. Decisivas en este sentido son las críticas de Weber a los ideales-tipo de las abstracciones económicas clásicas y las necesarias determinaciones desde los «hombres vivientes». Para identificar estas raíces el ensayo usa tanto de las reflexiones de Weber como de las aportaciones decisivas de Foucault en «El nacimiento de la biopolítica».

Palabras clave: Neoliberalismo, Ordoliberalismo, Biopolítica, Max Weber, Michel Foucault, ideal tipo, economía política.

Abstract: This paper shows the difference between neoliberalism and «Ordoliberalismus», from the Weberian roots of the second movement. Decisive in this regard are the Max Weber's criticisms of the ideal type abstractions of classical economic and their necessary determinations from the «living men». To identify these roots this essay uses both the insights of Weber as the distinctive contributions of Foucault in «The Birth of Biopolitics».

Key words: Neoliberalism, Ordoliberalismus, Biopolitics, Max Weber, Michel Foucault, ideal type, political economy.

1. Un destino peculiar

La ética de la economía ha sufrido un extraño destino entre nosotros. Por una parte, apenas disponemos de estudios sobre la posición weberiana, central en este campo. Por otro, se ha generado una inmensa literatura sobre ética económica que sepulta toda relación con el pasado y sobre esta borradura reclama un marchamo de actualidad rutilante que encubre una palabrería enojosa y cursi. Parece como si entre las propuestas weberianas y el presente no hubiese pensamiento sobre la filosofía de la economía. Es como si de repente la espesa niebla de un gran olvido se hubiera lanzado sobre el pasado y sólo en este contraste la atmósfera del presente fuese luminosa. Un tópico decisivo para la auto-percepción de occidente, de repente, parece abrirse al margen de su propia historia.

Fecha de recepción: 20-04-2010. Fecha de aceptación: 8-07-2010.

* Dirección: Facultad de Filosofía. Universidad Complutense de Madrid. Ciudad Universitaria. 28040 MADRID.
E-mail: jlvillac@filos.ucm.es

Quizá convenga disolver este equívoco, no por un prurito de erudición, sino por una necesidad de entender bien lo que quiere decir *ethos*, al menos en el sentido originario de Weber. A este respecto debemos preguntarnos si estamos en condiciones de captar el conjunto de sus implicaciones, sin las cuales las prédicas sobre la ética económica son un rumor, insistente, omnipresente y potenciado por frecuentes altavoces, pero rumor al fin y al cabo. En realidad, este debate no es filológico. No se trata de precisar la visión weberiana del *ethos* económico. Tampoco es meramente teórico. No se trata de saber si Weber llevaba o no razón. En otros sitios he insistido en esto. Ahora se trata más bien de entender que muchos leyeron a Max Weber y siguieron operando en el mundo histórico. Los problemas de Weber no murieron con él. Por mucho que los hechos históricos posteriores a su muerte distaran de los diagnósticos elaborados en su obra, ciertos actores hicieron pie en sus trabajos y se enfrentaron a sus realidades históricas con sus conceptos críticamente elaborados. Y quizá, si somos capaces de reconstruir este hilo de continuidad histórica, estaremos en condiciones de separarnos de la verborrea vacía que descubrimos tan pronto abrimos las páginas de un diario o asistimos a los actos sociales de alguna fundación empresarial. Quizá entonces podamos volver a descubrir el fondo político de la cuestión.

2. El último programa weberiano

Weber forma parte de un mundo pasado, pero de él todavía está vigente su extremo vigor y su decencia intelectual. De él no nos interesan los detalles, ni siquiera su totalidad, pero sí un aspecto concreto de su programa intelectual¹. Es aquel que tiene que ver con la economía política clásica. Para ello, debemos ir a una de las páginas más relevantes de su extensa obra, una de esas en las que por un instante creemos estar cerca de Marx, para descubrir de repente lo más específico y cargado de destino de su mentalidad. Se trata de ese escrito decisivo de la presentación de su programa que es *Der Sinn de Wertfreiheit der soziologischen und ökonomischen Wissenschaften*, editado en 1917. Allí se refiere con frecuencia al único progreso unívoco en relación con la corrección técnica. Esta puede ser muy plural y vincularse a la organización racional de la empresa, del comercio, del derecho, de la ciencia. A este proceso general le llama entonces Weber «racionalización objetiva». Por ejemplo, recuerda que los ámbitos político, social, educativo y propagandístico del manejo de los hombres pueden experimentar un progreso técnico de esta índole². En este contexto se aproximó al problema de si era posible decidir una racionalización objetiva semejante en economía. De manera inmediata argumentó que sólo bajo necesidades dadas [gegebener Bedürfnisse], en una situación en que la jerarquización subjetiva de estas necesidades estuviera substraída a la crítica [ihre subjektive Rangeinschätzung der Kritik entzogen sein sollen], y finalmente bajo el supuesto de un tipo dado de orden económico [bei Annahme einer fest gegebenen Art der Wirtschaftsordnung], podría hablarse de racionalización objetiva o técnica, pues sólo en este caso se podría hablar de satisfacer necesidades para una caso dado de medios, posibilidades y fines. Weber insistió: «Aber nur unter diesen Voraussetzungen und Einschränkungen».

-
- 1 Para la estructura global del programa puede verse mi intervención en el *El legado intelectual europeo. Estrategias de aproximación*, en la Universidad Complutense de Madrid, junio de 2010, editado en la revista *Ingenium*.
 - 2 Max Weber, *Der Sinn de Wertfreiheit der soziologischen und ökonomischen Wissenschaften*, en *Wissenschaftslehre*, Morh, Tübingen, 1985, p. 527.

La posición de Weber plantea de entrada el problema de qué sucede por fuera de estas suposiciones y limitaciones. Y la conclusión era muy clara: al margen de estos supuestos, la economía sólo ofrece modelos ideales abstractos y teóricos. No puede ofrecer una racionalización completa. Por ejemplo, analizando la destrucción deliberada de esos bienes cuyos precios han caído por debajo de su costo de producción, Weber sugiere de forma clara que por mucho que la teoría pretenda que esta acción es «objetivamente correcta», en el fondo no lo es. En este sentido, asumió de forma clara que la «unidad política de la economía mundial» se ha de asumir en la teoría sin duda alguna³. Pero no ofrece por eso una ontología propiamente dicha. Tal mercado mundial unitario y homogéneo sería una representación teórica válida para orientar el mercado y el sentido de los costos de producción, pero tomar decisiones exclusivamente desde este ámbito sería todo menos obvio. En efecto, la teoría dice que es beneficioso para los intereses de rentabilidad de los productores. Ahora bien, los productores no son los únicos sujetos económicos. Por tanto, sus intereses no deben «valer de una vez y para siempre». De una manera muy extraña, Weber dice que apoyar los intereses de los productores en tanto que «intereses de los particulares que van más allá de su muerte no sólo desde un punto de vista fáctico, sino que también deban valer como tales de una vez y para siempre», ese paso del ser al debe no es obvio ni interno a la economía política. Solo si esto se sustrae a la crítica, la valoración es unívoca. Sólo introduciendo en la economía elementos que no son obvios, pueden seguirse máximas objetivas y preceptos técnicos. Pero en el fondo esto es una abstracción porque implica «hablar de ‘productores’ y ‘consumidores’ como si fueran personas perennes [perennierender Personen], personas que no mueren⁴. Ahora bien, que las categorías económicas proyecten sus esquemas como si las personas interesadas fueran inmortales, o que tengan en cuenta «los intereses de sus herederos», esto a su vez no es un argumento interno a la economía. Lo que determina la validez abstracta de las categorías económicas no es a su vez una circunstancia económica⁵. De la misma manera, aquella recomendación ignora que más allá de la unidad mundial teórica de la economía, existen «insalvables y persistentes oposiciones de intereses entre los miembros de distintas unidades políticas». Tomar partido por el «argumento de la libertad de comercio» es algo más que una imposición de la propia teoría. Por lo tanto, al margen de las cuestiones del *Wirtschaftsordnung* concreto, las categorías de la economía política no son sino «ficciones útiles para fines teóricos» [für theoretische Zwecke nützliche Fiktionen]. Como tales, no están unificadas de entrada con los consumidores o con los trabajadores, y añade de forma igualmente extraña, «especialmente con los que no tienen hijos» [der kinderlosen], que no comprenden para qué posteridad se debe mantener el aparato productivo rentable. Tampoco están unificados con los intereses de las clases, pues desde el punto de vista de las clases, «el dominio absoluto del mercado» establece que en algunas ocasiones se *puede* limitar la capacidad de consumo de ciertos estratos de consumidores como expresión de la mejor distribución de capital y trabajo y que, por tanto, en la lucha de precios,

3 «die politische Einheit der Weltwirtschaft unterstellt -was theoretisch absolut gestattet sein muss». Ob. cit. p. 528.

4 Weber, ob. cit. p. 528.

5 «Dass der Einzelne die Interessen seiner Erben in Betracht zieht, ist aber keine rein ökonomische Gegebenheit.» Ob. cit. p. 528.

se puede debilitar la posición de los trabajadores⁶. Pero estos no son imperativos técnicos obvios ni objetivos. La crítica puede dirigirse a muchos sitios, y bastará que se dirija a uno para que la objetividad desaparezca. Por ejemplo, puede dirigirse al principio de que el aprovisionamiento de bienes tenga que realizarse única y exclusivamente mediante el mercado, que tenga que realizarse bajo condiciones de conseguir la óptima rentabilidad expresable en dinero. Tan pronto ponemos en tela de juicio estos principios, no hay ninguna razón para que sea prohibido «sustraer al consumo aquellos bienes ya existentes y susceptibles de goce» [jene einmal vorhandenen genussfähigen Güter dem Verbrauch zu entziehen].

Por tanto, para tener algo así como una economía técnica objetiva se deben retirar tres supuestos. Primero, unos intereses de rentabilidad permanentes y exclusivos de personas eternas [konstant gedachter Personen], por un lado y otras dotadas de necesidades; segundo, que estas necesidades se satisfagan por el mercado enteramente libre destinada a satisfacer un capitalismo privado; y tercero que el Estado sea neutral y desinteresado frente a esto. Asumidas estas condiciones, las abstracciones de los modelos económicos ofrecen la solución adecuada de problemas particulares acerca de la distribución de bienes, productos y capitales. Pero esto no sucede nunca de verdad respecto a las «fundamentaciones de las valoraciones prácticas de circunstancias reales de las situaciones de hecho»⁷. La conclusión entonces tenía que ver con la necesidad de definir perfectamente el contexto en el que las categorías económicas funcionaban. Pero esto era posible sólo respecto a un escenario dado desde el punto de vista de las estructuras y condiciones sociales, [die sozialen Struktur-Bedingungen] de ese que se llamó el ordenamiento económico. Y esto sólo en la medida en que los medios económicos afecten a los «intereses humanos» de una forma más o menos igual. Pero por eso mismo no puede considerarse la económica como la última valoración. Y esto es así porque, dice Weber de pasada, «detrás de la acción está el ser humano»⁸. Todo en la teoría económica de Weber exigía que a la hora de realizar valoraciones económicas, por tanto, se fuera más allá de la teoría económica abstracta. Y esto sólo podía significar reintroducir los condicionantes del ordenamiento económico, las condiciones estructurales sociales y el sentido de los intereses humanos. En suma, hacía un llamamiento a los «lebendigen Menschen» que la teoría abstracta y las ficciones substitúan por «intereses que revalorizan el capital en los empresas y que existen por mor de estas empresas»⁹. En suma, se trataba de poner en relación la racionalidad económica pura con seres humanos vivientes, que viven en estructuras sociales dadas, que disponen de racionalizaciones subjetivas

6 La frase es muy importante y por eso conviene traducirla de forma pormenorizada: «En segundo lugar ignora el hecho de la 'situación de clase' [Klassenlage] que, bajo el dominio del principio del mercado [unter der Herrschaft des Marktprinzips] puede (en absoluto *tiene que*) debilitar la provisión de bienes de ciertos estratos de consumidores no a pesar de, sino como consecuencia precisamente de la distribución óptima de capital y trabajo —y desde el punto de vista de la rentabilidad siempre valorada como posible— sobre las diversas ramas de la producción. Pues aquella distribución *óptima* de la rentabilidad, que condiciona la constancia de la inversión de capital, depende desde luego por su parte de aquella constelación de poder entre las clases, cuyas consecuencia puede debilitar (no *tiene que* debilitar) la lucha de posiciones por los precios de aquellos estratos en el caso concreto» Ob. cit. p. 528.

7 «Die zu theoretischen Zwecken nützlichen Fiktionen der reinen Ökonomik können aber nicht zur Grundlage von praktischen Wertungen realen Tatbestände gemacht werden». Ob. Cit., p. 529.

8 «Denn -um nur eins zu erwähnen- hinter der 'Handlung' steht: der Mensch». Ob. Cit. p. 530.

9 «Den lebendigen Menschen werden hier vielmehr Interessenten substituiert, welche Kapital in Betrieben verwerten und um dieser Betriebe willen existieren». Ob. Cit. p. 528.

dadas, con hábitos y *ethoi* dados. Por eso, a la hora de establecer valoraciones últimas no se debía atender a la racionalidad técnica económica, sino a su relación con la racionalidad subjetiva. Así dijo Weber que «en general, cuando se quiera valorar, tiene que ser tomado en consideración el influjo de la racionalidad técnica sobre los desplazamientos de las condiciones totales internas y externas de vida»¹⁰. En este sentido, y antes de los análisis que vamos a ver en Foucault, Weber dijo que la teoría económica era una dogmática que ofrecía problemas y soluciones ideal-típicas que pueden servir para aplicarse al «conocimiento de la realidad social presente y pasada», para medir el grado de aproximación con que la realidad los cumple, y así medir la distancia en que los seres humanos se sitúan respecto a una acción «estrictamente racional» [strikt rational]. Es un instrumento metódico que no puede confundirse, como de hecho lo fue, «por la escuela radical del libre comercio como una copia exhaustiva de la realidad natural, es decir, no falseada por la estupidez de los seres humanos»¹¹, y por lo tanto tomado por un ideal de valor que debe primar en términos absolutos. Lo más sorprendente es que tal confusión lógica produjo la contraria: negar incluso su valor metodológico de racionalidad. Así se abandonó la aplicación de este modelo de análisis al conocimiento y valoración del presente y del pasado, produciéndose unas nuevas historia, sociología y política reactivas y confusas.

Esta situación determinó una confusión lógica que produjo un descarrío científico adicional, pues negó de forma absurda que los planteamientos teóricos de la economía política tuvieran algún tipo de valor. Frente a esta situación de confusión, Weber profuso que las tareas científicas de la economía tenían que ser replanteadas por entero. Desde luego, se tendría que seguir avanzando en proponer las «fórmulas ideales típicas» y las verificaciones de las conexiones causales del mayor o menor grado de cumplimiento de las mismas en las particulares situaciones económicas de hecho. Pero a la «doctrina científica de la economía» [die wissenschaftliche Lehre von der Wirtschaft] todavía tenía tareas adicionales y Weber se concentró en describirlas de forma resumida al final del artículo. Y desde cierto punto de vista, no fue exhaustivo, por cuanto sólo habló de racionalización objetiva, y dejó de lado lo que le había interesado de modo especial, la racionalización subjetiva que había estudiado en el libro sobre la *Ética protestante*. A pesar de todo recordó que forma parte de una adecuada comprensión científica de la economía la investigación de la «totalidad de los fenómenos sociales» en tanto están condicionados por las causas económicas. A esto le llamó «la interpretación económica de la sociedad y de la historia». Se debía investigar por tanto la manera en que la sociedad y la historia están condicionadas por los fenómenos económicos, y esto significaba la medida en que se habían regulado por la racionalización económica, la forma en que esta se había abierto camino en la historia de una sociedad, la manera en que había llegado a conciencia a través de la historia. Pero este programa no se acababa con esta interpretación económica de la sociedad y de la historia. Era preciso hacer el camino inverso e investigar la manera en que «los fenómenos sociales según sus diversas tipologías y estadios evolutivos» habrían condicionado los procesos y las formas de la economía. Esta sería la tarea de la historia y la sociología de la economía, que debía

10 «Überall muss vielmehr, wenn man einmal werten will, der Einfluss der technischen Rationalisierungen auf Verschiebungen der gesamten äusseren und inneren Lebensbedingungen mit in Betracht gezogen werden». Ob. Cit. p. 530.

11 Ob. Cit. p. 537.

tener en su punto de mira los procesos políticos, los tipos de Estado y de derecho, pero no sólo los institutos políticos, sino todas aquellas configuraciones [Gebilde] que son capaces de influir en la vida económica de una forma significativa para la ciencia. Y sin duda, se debería estudiar la influencia de las Universidades sobre la vida económica. A este conjunto de tareas científicas no se las podía reconocer bajo el mero nombre de «economía política». Weber así convocó a una aproximación científica mucho más compleja que la economía política clásica¹².

3. El ancestro liberal

Quienes asumieron su *ethos* intelectual se dieron cuenta de que el pensamiento de Weber debía ser elaborado en esta línea, que deseaba poner en relación la sociedad con la economía. Ahora debemos identificar un punto central. Su pensamiento posnietzscheano tiene que ver con la defensa de aquello que de heroico pueda existir todavía en el hombre occidental. En su más profundo sentido, Weber está muy afinado en lo que podemos llamar el cosmos puritano, que en su ejemplo norteamericano le parecía más dinámico, vital y estimulante que el europeo. En este sentido, Weber compartió percepciones con Tocqueville. Lo que le parecía fascinante del mundo americano era su capacidad de generar un capitalismo que no necesitara del Estado para construirse. Incluso mejor: ese capitalismo consideró sospechoso, peligroso y poco serio aliarse con el poder político para gozar de ventajas económicas. En este sentido, lo que Weber admiraba de los puritanos que forjaron el capitalismo americano era que guardaban un sentido de la fidelidad a sí mismos suficiente como para considerar que el pacto con el poder político, y los que se beneficiaban de él, era poco menos que un indigno pacto con el diablo. El poder, para aquellos pioneros, era siempre un eco de lo que más despreciaban: las castas corruptas, parásitas, hedonistas y tramposas de las elites políticas, cuyo peor espécimen eran las oligarquías europeas. Tocqueville ya se había dado por aludido y la decisión de quebrar toda nostalgia respecto a la nobleza francesa de la que él mismo procedía, surge de esta sobria consideración: el odio que el americano medio tributaba a estas figuras era saludable. Weber, una vez más, compartía esta mirada.

Por lo tanto, la separación del poder económico y el poder político le parecía a Weber la gran conquista del mundo americano. Podemos identificar por qué Weber admiraba tanto este mundo. El empresario americano despreciaba al político desde luego, e incluso podía corromperlo más de lo que estaba. Pero no se inclinaba hacia él con reverencia, como el empresario alemán se inclinaba ante el Káiser o ante su casta de militares fanfarrones, latifundistas y proteccionistas. Sin duda, para Weber había más libertad, coraje, esfuerzo y creatividad en el empresario que en esos políticos –esta mirada la heredó Schumpeter– y toda su vida buscó un político que estuviera a la altura de su rival económico, pudiera elevarse a su responsabilidad, talento, entrega, coraje, creatividad, genio y libertad. Estas dos

12 Propondré el párrafo en alemán para subrayarlo de forma adecuada: «Sie hat ausserdem die Gesamtheit der gesellschaftlichen Erscheinungen auf die Art ihrer Mitbedingtheit durch ökonomische Ursachen zu untersuchen: durch ökonomische Geschichts- und Gesellschaftsdeutung. Und sie hat andererseits die Bedingtheit der Wirtschaftsvorgänge und Wirtschaftsformen durch die gesellschaftlichen Erscheinungen nach deren verschiedenen Arten und Entwicklungsstadien zu ermitteln: die Aufgabe der Geschichte und Soziologie der Wirtschaft». Ob. cit. p. 538.

esferas de acción en competencia producirían una sociedad dinámica y fuerte a condición de que no se unificaran jamás, y que la racionalidad de los primeros impusiera una limitación permanente a los segundos.

Este mundo seguía fiel al ancestro puritano reflejado como nadie por Benjamin Franklin cuando dijo, en la carta a Charles de Weissentstein de 1 de julio de 1778: «A virtuous and laborious people could always be cheaply governed in a republican system»¹³. El sistema republicano exige ante todo liberalismo, un poder público que no dirija, domine, planifique el contenido de la actividad económica del pueblo laborioso. Este punto de vista clásico era el único asentado en la razón crítica moderna y parecía bastante afín a la tesis de Kant. No hay aquí irracionalismo. El liberalismo clásico parece irracional si se compara con el racionalismo metafísico del siglo XVII. Este ofrecía un modelo divino omnisciente que, por contraste, parecía describir la realidad social como un caos aparente. Aquí conviene situar los intentos de teodicea de Leibniz y su ensayo de transformación de este mundo en el mejor de los posibles. Esta presión de un modelo anterior racionalista explica la retórica negativa del liberalismo. En realidad, el liberalismo clásico, como el de Kant, aceptó el punto inexcusable de la subjetividad humana y fundó sobre ella la nueva racionalidad finita. Puesto que ésta no produce ninguna providencia, y puesto que a pesar de todo hay una relación social recíproca creciente, Smith sugirió la retórica de pensar que una mano invisible le «lleva a promover un fin que no está de ningún modo entre sus intenciones»¹⁴. Mano invisible, como un dios providencial al estilo Malebranche, pero tachado, negado, desconocido. No es una propuesta positiva, sino una forma de desvincularse de la retórica anterior. La transparencia esencial de una mirada trascendente, invisible para nosotros, nos deja una ceguera y oscuridad a todos los agentes económicos, incluido el soberano, que no es menos ciego. Esta tesis muestra la insuperable hostilidad del liberalismo a la teología política. Aquí se rompe la simetría entre el soberano y la estructura metafísica de Dios. Mientras que Dios puede todavía ser omnisciente, el soberano político liberal no lo es, ni puede mirar la realidad de forma transparente. Esto quiere decir que parece más sabio entregarse al conjunto de las acciones racionales de los individuos, a pesar de su caos aparente, que confiar en el gobierno soberano y trascendente¹⁵. La mirada del soberano no tiene especial relación con la verdad: cuando aquel quiere representarse el todo del proceso económico produce meramente quimeras y visiones, como diría Ferguson. Acerca de la totalidad económica no hay «evidencia económica». Por eso, la condición de la teología política es que no exista verdad, sino autoridad, decisión. La autoridad aspira a crear una verdad que no pueda ser discutida, trascendente. De ahí que pretenda la *infallibilidad*. Esta forma schmittiana de ver las cosas es contraria al pensamiento crítico. Observo, sin embargo, una profunda afinidad entre el pensamiento de Adam Smith y de Kant. Para ambos, las miradas de los actores finitos en el corto plazo son más reales y racionales que lo que podríamos llamar el «paralogismo de la totalización política del proceso económico». El sujeto no puede conocer totalidades –ni cósmicas ni sociales– porque estas no son intuibles. Cualquiera que pretenda conocerlas se verá engañado de mil maneras. Este es el límite de toda «sabiduría humana». La dialéctica de la razón pura kantiana tiene

13 Citada por Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*, FCE, Buenos Aires, p. 44.

14 Foucault, *El nacimiento de la biopolítica*, FCE, Buenos Aires, 2007, p. 320.

15 Foucault, ob. cit. pp. 322-323.

también su aplicación económica. Y a ella también se aplica la premisa de que si operamos racionalmente, asumiendo la finitud subjetiva, nos está *permitido esperar* como un bien sobrevenido un beneficio general.

Esta afinidad, que todavía encierra otros puntos, ha sido vista por Foucault, quien ha dicho que «el carácter incognoscible de la totalidad del proceso [económico] no sólo rodea la racionalidad económica, sino que también la funda». Que el mundo económico se rijan por la estructura de la razón crítica quiere decir que la ausencia de la mirada omnisciente de un soberano autoritario permite la racionalidad limitada y falible de los sujetos y el carácter insuperable de la subjetividad finita. El no-saberlo todo es también aquí garantía de libertad. La consecuencia es republicana: ninguna subjetividad finita pueda elevarse a soberana. El liberalismo económico y el republicanismo disponen de la consistencia moderna de la razón crítica y a su conjunción apuntaba Franklin. Por eso no pueden avalar un sujeto soberano representativo, sino una subjetividad formal, que garantiza la libertad y racionalidad finita de los sujetos y su contribución al poder general mediante su voz. Un sujeto finito para seguir existiendo requiere un poder finito y limitado, no un soberano omnisciente o una autoridad infalible. Como ha dicho Foucault, el «no debes» que se lanza al soberano liberal se deriva de un *no puedes* y este no poder se deriva de que *no puedes saber nada* acerca del todo¹⁶. El liberalismo económico aplica la crítica a la razón gubernamental en un sentido crítico kantiano fuerte. El único soberano político legítimo es aquel que se niega a ser soberano económico¹⁷. El totalitarismo de todo tipo puede descubrir su carácter iluso a partir de la Dialéctica trascendental de la *Crítica de la razón pura*.

4. El programa completo de Weber

Weber es testigo de la transición de este mundo ideal moderno hacia el mundo contemporáneo y por eso se vio en la necesidad de hacerlo evolucionar hacia el sentido que vimos en el segundo apartado. Su circunstancia estaba atravesada por el problema del socialismo, la democracia de masas, la industrialización y la fortaleza del mundo del trabajo constituido como proletariado de inspiración marxista. Sin embargo, Weber comprendió desde el principio de su gran producción dos cosas: que se caminaba hacia un mundo de competencia global y libertad de mercados y que un pueblo vigoroso no debía temerle a este escenario. Segundo, que para no tener miedo era preciso una reordenación del cosmos económico, social y político. Tal cosa no podía hacerse sin volver a beber de las fuentes de un *ethos* poderoso, capaz de reeditar las energías modernas fundadoras. Esta ordenación quedaba atravesada por profundas tensiones, pero el principio último aspiraba a garantizar tanta libertad como fuera posible. Libertad en el sentido weberiano, desde luego. Para él no había libertad sin *ethos* y no había *ethos* sin entrega responsable a una tarea institucionalmente visible¹⁸. Este sentido de la libertad se centraba en tres campos

16 *El nacimiento de la biopolítica*, ob. cit. p. 326.

17 A pesar que Foucault confunde muchas veces el liberalismo con la fisiocracia, hay un momento en que no puede sino reconocer la diferencia. Es justo cuando la fisiocracia exige un soberano despótico que de leyes a la libertad. *El nacimiento de la biopolítica*, ob. cit. p. 330.

18 Para esto, refiero al lector a mi ensayo sobre responsabilidad en Weber, en Manuel Cruz, *Responsabilidad*, Trotta, Madrid, 1999, pp. 89-115.

todavía abiertos: la ciencia, la política y la empresa. Sus enemigos eran los burócratas obtusos y los literatos irresponsables y sin corazón, cuya libertad ideológica y cínica carecía de *ethos* y de responsabilidad. Tanto que llegó a decir que la guerra de 1914 era cosa de literatos «que se daban importancia»¹⁹. También eran enemigos jurados de este *ethos* los jefes de redacción de los periódicos, igualmente irresponsables por cuanto se habían convertido en la última instancia judicial de la vida social, en la medida en que ellos y solo ellos decidían dar o quitar la voz pública en sus propios procesos sumarios de juicio.

En todo caso, su propuesta era que la cooperación entre la clase política, científicos y empresarios debía garantizar el mantenimiento de niveles adecuados de productividad y competitividad, de riqueza y de racionalidad institucional como para reclamar la cooperación de la masa obrera. Todos juntos debían enfrentar una política expresa que abordara el problema de la socialización.

Es muy complejo saber lo que quería decir Weber con este nombre de socialización. Pero su idea básica era que la economía moderna de masas requería al menos una organización social políticamente dirigida y que sólo así estaría en condiciones de atender necesidades materiales de las masas y reclamar a cambio su cooperación leal en el proceso productivo. Es más, pensó que este futuro no se podía lograr, como querían los aristócratas *junkers*, devaluando la renta de los trabajadores mediante proteccionismos económicos con los que pagar a los privilegiados políticos. Si se quería incluir a los trabajadores serios y responsables en este pacto no se les podía engañar, detrayendo de sus salarios –mediante precios altos de productos básicos– los subsidios que se entregaban a esas clases parasitarias. La sensibilidad puritana de Weber se extremaba ante esta perspectiva injusta. La simpatía con los puritanos americanos era algo más que una evocación histórica. Bajo el dominio de los *junkers*, instalados en el sistema político y cobrando prebendas por ello, Weber no veía otra salida para la gente alemana que la emigración a América. Una industria competitiva, sin embargo, podía pagar subsidios directos a los propios trabajadores en caso de necesidad, pero no a los que querían cobrárselos desde su privilegio de señores públicos.

Ese gran pacto entre empresarios, políticos responsables y científicos, sería capaz de imponer sus objetivos a una burocracia siempre dispuesta a defender sus intereses corporativos, y a unos *Brotpolitikern* dispuestos a cobrar su señorío político con impuestos económicos. Sólo ellos podían lanzar su oferta de cooperación a una clase obrera madura que respondiese con lealtad y competitividad a cambio de trabajo, seguridad y confort. Esa era la clave de la política de responsabilidad. Sin duda, para él todo esto quedaba sobrecargado por un imaginario nacional y por un escenario competitivo, pero Weber no era imperialista ni creía en el imperio. Creía en la competencia mundial entre los sistemas productivos y pensaba que los compromisos que los hacían competitivos brotaban de políticas responsables y solidarias, pues a su parecer el imaginario nacional y sus deberes eran más fuertes que las simpatías de clase. Estos énfasis no son los nuestros. Pero aún sin énfasis, pensamos como él que la forma en que se ha concretado el sentido de la dignidad de los seres humanos, la normatividad moderna, el lenguaje de los derechos, las formas de solidaridad, los soportes del *ethos*, anclan todavía en el Estado nación y las instituciones por las que abre su evolu-

19 «Der Sinn der Wertfreiheit», ob. cit. p. 540.

ción. Sólo en su seno operan de forma concreta todos estos elementos prácticos, gozan de soportes institucionales, de hábitos concretos, de prácticas establecidas, de raíces históricas. Por eso, en su obra final habló mucho del prestigio del Estado y de su enorme capacidad de intervención, y le parecía que sólo si esta mantenía fines nacionales basados en una ética de la intención podía legitimarse. Por eso despreció la política de prestigio y del éxito como guía incondicional. Como vimos, todo esto ahora debía ser tenido en cuenta para una ciencia económica. La racionalidad económica es finita porque cargaba con un pasado histórico y político no disponible. De ahí que su programa fuera el de una historia y una sociología comparadas y que su horizonte fuera identificar aquellas realidades socio-históricas que eran más eficaces para realizar los retos del presente. De ahí su montante crítico y de ahí el sentido heroico de la vida que apostaba por una transformación de la historia de forma consciente y responsable.

5. Ordoliberales

El de Weber es un pensamiento de lo concreto, no de abstracciones. Y hacia lo concreto debemos ir nosotros también. En relación con los Estados Unidos e Inglaterra, ya podemos suponer que la forma concreta en la que se acabó generando esta socialización, y ese pacto de cooperación que la hacía posible, fue el keynesianismo. Las relaciones entre Keynes y Weber no son claras²⁰. Sin duda, ambos creyeron que las necesidades materiales de las masas —el trabajo y el confort adecuado al sentido de la dignidad propio de cada época— constituía un fin determinante de la actividad política. Ambos pensaron que era deseable la producción de pleno empleo y la cooperación con las masas trabajadoras en esta tarea. Esta era la finalidad de la administración democrática si quería ser legítima. Pero no está claro que Weber creyera en la *economía dirigida* como forma de la socialización. Su planificación era social, no económica. Esta mantenía su modelo teórico ideal-típico, pero ahora se veía como necesario intervenir en sus contextos sociales. Como ha dicho Foucault, con la «reconstrucción, planificación y en líneas generales socialización y objetivos sociales» [...] «estamos en plena política keynesiana»²¹. Este es un comentario apropiado, pero grueso. Weber, como Schumpeter, creía que la innovación dependía del empresariado, que la competitividad necesitaba de científicos vocacionales, y que la figura de un líder político carismático buscaba el efecto de atender necesidades materiales de las masas sobre aquella base. Weber habría estado satisfecho de identificar a Roosevelt como el modelo de ese líder, pero no a Stalin. Él habría insistido en una economía competitiva y no en una economía planificada a cualquier precio de deuda, productividad, burocratización e inflación. En realidad, el momento Keynes es una excepción, pero podemos albergar la sospecha de que la socialización como *programa* en Weber también lo sea. Desde luego, la caracterización final del Estado de bienestar le habría parecido un atentado a cualquier *ethos*. La socialización y sus condiciones, por el contrario, quizá le parecían la única manera de actualizar el viejo liberalismo y el republicanismo de Franklin en el contexto de la nueva sociedad de

20 Cf. «The Congruence of Weber and Keynes», de Norbert F. Wiley, *Sociological Theory*, Vol. 1, (1983), pp. 30-57. Cf. también *Perspectives on capitalism: Marx, Keynes, Schumpeter, and Weber* / edited by Krishna Bharadwaj, Sudipta Kaviraj, New Delhi; Newbury Park, Calif, Sage Publications, 1989.

21 Foucault, ob. cit. p. 100.

masas. Pero no tenía otros fines: un pueblo virtuoso y laborioso y un gobierno republicano y barato capaz de atender de forma responsable al reto de la competitividad mundial que se avecinaba. Vincular a Roosevelt con Stalin sólo fue la ocurrencia de un literato como Thomas Mann, con su voluntad de mitificación y estilización, que organizó el nuevo sentido de la planificación a partir de la vieja figura bíblica de José.

Lo que atisbó Weber del futuro alemán inmediato era tan diferente de lo que él deseaba que le llevó a la muerte por vergüenza. Lo que se acercaba le parecía el dominio irracional de lo más bajo. Pero en el mismo Friburgo en el que Heidegger hacía su sorprendente discurso sobre el Führer, existía una nutrido grupo de pensadores a los que debemos dirigirnos, porque resistieron al nazismo de principio a fin. Sin duda, este hecho permite medir la libertad del gesto de Heidegger y mostrar que no sólo no estaba coaccionado por el ambiente, sino que más bien iba contra el sentir mayoritario del claustro de su propia Universidad. Estos grupos se organizaron de forma casi institucional alrededor de Walter Eucken (1891-1950), autoridad de la llamada Escuela de Friburgo, y fundador de la revista *Ordo* en 1948. Este hombre, hijo de un premio Nobel y amigo de Edmund Husserl, no estaba solo²², aunque muchos de sus amigos emigraron o acabaron asesinados. Ellos son los mediadores entre el pasado weberiano y el presente. Todos ellos parten de la línea Smith-Weber-Schumpeter, aunque con diferentes grados de optimismo. Estos pensadores vieron la principal amenaza para el capitalismo en la falsificación de la libertad económica por medio de los monopolios privilegiados. Y pensaron que el destino que amenazaba a la sociedad occidental era ese continuo y repetido vínculo entre política y economía cuya aspiración era imponer falsificaciones en el mercado, en la producción y en el trabajo. Ambos eran pesimistas acerca de los polizones que aspiraban a obtener ventajas económicas de sus posiciones políticas. Ese era el «nuevo despotismo» que había encontrado en el partido de los nazi a sus más arbitrarios representantes²³. Estos hombres tuvieron su oportunidad tras la IIª guerra mundial y

22 Foucault y sus anotadores, en su libro sobre *El nacimiento de la biopolítica*, dan algunas noticias de este grupo. Aquí resumo los detalles significativos. Eucken se vinculó a Hermann Schumacher, sucesor de Gustav Schmoller, el maestro de Weber, en Berlín, fue discípulo de Alfred Weber y amigo de Husserl. Se opuso a Keynes, en 1932 [126]. Algunos de sus amigos fueron ejecutados tras el frustrado atentado a Hitler en 1944. Fue el asesor de Erhard y el fundador de los *ordoliberal*es. Con él estaba Franz Böhm, y ambos se opusieron a Heidegger en su rectorado. Hicieron juntos el manifiesto «ordoliberal de 1936» y él publicó *Die Ordnung der Wirtschaft als geschichtliche Aufgabe und rechtsschöpferische Leistung*, Stuttgart, Kohlhammer, 1937. En Mohr publicó en 1950 *Wirtschaftsordnung und Staatsverfassung*. Otro cercano a ellos, que era amigo de Hayek, Mises y de Milton Friedman, era Alfred Müller-Armack que participó en la redacción del Tratado de Roma. Publicó *El siglo sin Dios*. FCE, 1968, traducción de su *Religion und Wirtschaft*, Kohlhammer, 1959. Este libro llevaba el subtítulo de *Geistesgeschichtliche Hintergründe unserer europäischen Lebensform*. Otro miembro del grupo fue Wilhelm Röpke, obligado a exiliarse a Estambul, amigo de Schleicher [del que Foucault no dice que fue asesinado por Hitler], quien publicó un libro, *Die Gesellschaftskrisis der Gegenwart*, prohibido por los nazis y que tradujo Revista de Occidente, en 1947, con el título de *La crisis social de nuestro tiempo*. La editorial de Ortega también tradujo en 1949 su obra de *Civitas humana: cuestiones fundamentales en la reforma de la sociedad y de la economía*. Para entender la política de la editorial de Ortega se deberían recordar estos títulos. Röpke fue discípulo no de Weber, sino de Walter Troeltsch, de Marburgo. Por último, Alexander Rüstow, que luego sucedería en 1950 a Alfred Weber, emigró a Estambul también durante el régimen nazi y allí editó *Das Versagen des Wirtschaftsliberalismus als religionsgeschichtliche Problem*, en 1945. [Cf. Foucault, *El nacimiento*, ob. cit. p. 131, con las notas]. Es preciso recordar que otro weberiano, Helmut Plessner, también se fue a Estambul. Esta emigración alemana a la capital de Turquía, hasta donde sé, no está convenientemente estudiada.

23 Foucault, *El nacimiento*, ob. cit. p. 90.

a ellos se debe el milagro alemán y la Europa de hoy. Quizá no está de más recordarlo en este presente. Con ello, la reflexión de Foucault sobre esta corriente en su *El nacimiento de la biopolítica* alcanzan en la actualidad un nuevo sentido.

Los alemanes de después de la guerra no tenían un Estado, o lo tenían en el punto cero de su existencia, recuerda Foucault. Como lo europeos de hoy, ellos sabían que solo llegarían a tenerlo si eran capaces de poner en marcha una economía adecuada. Recordar estos hechos permite comprender la política alemana de construcción europea en el día de hoy. Pero al margen de los paralelismos, parece seguro que el keynesianismo resultaba por entonces inviable por principio, porque el Estado no existía –una diferencia con el presente, donde la pereza de las clases políticas de los Estados, y la incapacidad y corruptelas de sus señores políticos pueden lastrar la marcha económica adecuada, como estamos viendo hoy día en España. El caso es que entonces, y desde enseñanzas bien concretas, la base del consenso se cifró en algunas variables económicas: la estabilidad de precios y un marco alemán firme. A pesar de ello, no debemos perder de vista que operaban ciertas solidaridades. Esto lo sabía Kurt Schumacher cuando sentenció que era irrenunciable la dimensión económica social y la democracia política para seguir existiendo como «pueblo alemán»²⁴. Ludwig Erhard, posterior ministro de economía alemán bajo Adenauer, el 21 de abril de 1948 pronunció un discurso en la asamblea de Francfort²⁵ en el que dijo que se precisaba la «liberación de la economía estatal de la obediencia, que ata a todos los hombres al indigno yugo de una burocracia sofocante para todo lo viviente»²⁶. La frase suena a Weber y su mención de los «lebendige Menschen». Y añadió: «Sólo un Estado que establezca a la vez la libertad y la responsabilidad de los ciudadanos puede hablar legítimamente en nombre del pueblo». En realidad dijo: «No son apropiadas como *formas de vida humana* ni la anarquía, ni el Estado de termitas. Sólo donde la libertad y el compromiso devienen ley obligatoria, encuentra el Estado la justificación para pronunciarse y actuar en nombre del pueblo».

Se trataba por tanto de reconstruir de raíz un sentido de la legitimidad del Estado en la línea republicana de Franklin. La idea básica era que el crecimiento económico produciría la legitimidad de un Estado garante del juego institucional democrático. Se trataba de una especie de calvinismo weberiano modificado: la riqueza sería signo cotidiano de la adhesión de los individuos al Estado²⁷, la clave de una *certitudo salutis* profana. El mercado libre vinculaba políticamente y ponía de manifiesto lazos políticos: la riqueza, efecto del buen gobierno, reforzaría sin cesar el consenso fundador del Estado. Se puede trazar la genealogía hasta Franklin: pueblo laborioso y gobierno barato. El problema era qué hacer con la mediación weberiana de la socialización y la necesidad de un pacto con las masas obreras.

El socialismo alemán dio la respuesta. Y lo hizo por obra de Karl Schiller en su libro *Sozialismus und Wettbewerb* [Socialismo y competitividad]²⁸. Su divisa era «tanta competencia como sea posible y planificación en la medida justa y necesaria»²⁹. En realidad esto

24 Citado por Foucault, *El nacimiento*, ob. cit. p. 114. n. 44.

25 *El nacimiento*, ob. cit. p. 101 y sig.

26 W. Stützel, *Grundtexte zur sozialen Marktwirtschaft. Zeugnisse aus zweihundert Jahren ordnungspolitischer Diskussion*, Bonn, Ludwig-Erhard Stiftung, 1981, pp. 39-42.

27 *El nacimiento*, ob. cit. p. 107.

28 Se editó en Hamburgo, en la Verlag Deutscher Konsumgenossenschaften, 1955.

29 Citado por Foucault, *El nacimiento*, ob. cit. p. 113.

significó el Programa del congreso de la PSD, que se celebró en 1959 en Bad Godesberg: «Las pequeñas y medianas empresas eficaces merecen consolidarse para poder afirmarse en el plano económico frente a las grandes empresas», continuó. Y añadía que se luchaba a favor de que surja una «economía libre de mercado en todos los lugares donde la competencia se afirme». La aspiración a la planificación económica no era positiva, sino negativa: luchar contra los monopolios: «cuando los mercados están bajo la dominación de individuos o grupos es necesario tomar múltiples medidas para preservar la libertad en el ámbito de la economía. Competencia en toda la medida de lo posible, planificación tanta como sea necesaria»³⁰.

Sin embargo todo esto era abstracto. Y no era cuestión de predicar que se debía ser competitivo, responsable. Ni de seguir pensando que la libertad económica era un fruto natural de la vida social. Al contrario, no sólo está amenazada en todo presente, sino que la vida histórica de los pueblos por lo general es contraria a ella. En suma, la competencia es sólo posible desde una voluntad política consciente de superar los obstáculos reales que se oponen a ella. El programa de una ciencia económica completa, como vimos en Weber, con sus condicionantes sociales, jurídicos, culturales, se concretaba ahora. No sólo no toda sociedad permite la competencia, sino que la mayoría de las sociedades históricas se han constituido para impedir la y esa es la aspiración de todo poder político. La ontología del poder y la ontología de la economía racional son contrarias, como intuía Weber. Ahora se trataba «de construir una economía conforme al *estilo de vida* que los alemanes pretendieran adoptar». Ahora bien la «organización económica de una época es la traducción económica de la *Weltanschauung* dominante». Así que los ordoliberales asumieron lo que podemos llamar un punto de vista weberiano. Vieron que la economía está condicionada por el todo social y por el todo político, lastrada por la vida histórica concreta culturalmente connotada. Y vieron que era preciso definir valores y opciones, criticar la vida histórica concreta, y sobre esos diagnósticos producir un estilo de economía [*Wirtschaftsstil*] capaz de integrar los elementos de subjetividad que iban más allá de puro *Wirtschaftssystem* usable en la época de forma general³¹. De esta manera, concretaron la diferencia weberiana entre racionalización

30 Programa, 1959, citado por *El nacimiento*, ob. cit. p. 114 nota.

31 *El nacimiento*, ob. cit. p. 129, notas. Y ahí inserta Foucault su análisis de la genealogía de la sociedad del espectáculo, del hombre masa unidimensional, en Sombart –como maestro de Guy Debord y de Marcuse– [ob. cit. p. 144-146]. «Esos fenómenos masivos, esos fenómenos de uniformización, esos fenómenos de espectáculo, están ligados al estatismo y el antiliberalismo, y no a una economía de mercado» [ob. cit. p. 146]. Lo decisivo para los ordoliberales residía en que esta economía y estatalización producían un efecto fundamental: «una destrucción de la red, del tejido de la comunidad social» que, a su vez, aumenta la necesidad de protección y del poder del Estado. [ídem, p. 146]. Esto fue consecuencia de la desnuda tecnificación de lo que se llamó eterno saintsimismo. Su premisa era la asunción de la técnica de la naturaleza. Esta fue la base del nazismo. Sin embargo, las conclusiones de Foucault se aplican más a los anarcoliberales americanos que a los ordoliberales. Los primeros son impolíticos, pero no así los segundos: para aquellos el Estado aparece como mal absoluto, como núcleo del mal nazi, con lo que se puede llegar a la equiparación de campo de concentración y las fichas de seguridad social [ídem, p. 148]. Esto mostraría que Agamben tiene sus antecedentes en estos liberales que asocian Hitler con Keynes. Para ellos «nada prueba que la economía del mercado tenga defectos». Los defectos están en la política estatal. No se trata de que el Estado no intervenga, sino de que el Estado esté bajo vigilancia del mercado. La libertad de mercado no la define el Estado, sino que como valor absoluto define también el marco de operación del Estado. Ese es el esquema del neoliberalismo. Pero no es el principio de los ordoliberales, que apuestan por un Estado regulador. Se trata para ellos de saber si la economía de mercado sirve de principio a un Estado posible. Y para hacerlo, ese mismo Estado deberá proyectar su influencia sobre la sociedad. Se trata por

objetiva y subjetiva³² y adoptaron aquel punto integral de Weber que veía en toda ciencia social, y la economía lo era, una «ciencia de comportamientos humanos en cuyo concepto se incluye, en este caso, cualquier acto de pensamiento y cualquier hábito psíquico»³³.

Foucault ha visto claro que este programa podía ser derivado de Max Weber³⁴. Era weberiano porque proponía el principio de la competencia como el central del nuevo estilo económico. Sólo ella asegura la libertad, la racionalidad y la responsabilidad económica. Para ello debía bloquear el principio de los monopolios y sus vínculos con el poder político, pero también todos los hábitos que impedían un estilo de vida capaz de la competencia. No hay ingenuidad naturalista de la competencia. La realidad es básicamente económica porque los recursos reales son escasos. El mejor uso entre diversos posibles no se produce espontáneamente, sino mediante una intervención teleológica que ofrezca la respuesta adecuada a la escasez. La competencia es una respuesta al principio de realidad, a la ontología de la finitud de los bienes humanos, a la escasez de recursos, y por eso estructura una lógica de racionalidad de inversión que sólo puede abrirse camino en condiciones performativas³⁵. Es un objetivo, no un hecho natural, porque siempre hay alguien que ya está históricamente instalado en la ventaja de disposición de mayores recursos. Ha de ser un objetivo del arte gubernamental. Para ello se requiere «articular un poco a la manera de Weber la historia con la economía»³⁶. De otra manera, la ciencia de la economía es impotente, abstracta. Pues la competencia sólo se construye y se analiza si se toman en cuenta los «sistemas históricos reales» que cruzan los sistemas formales. «La economía analiza los procesos formales, la historia va a analizar los sistemas que hacen posible o imposible el funcionamiento de dichos procesos». Economía y sociedad, como reza su magno libro, pero incluyendo dentro de la sociedad los sistemas de legitimidad. Para todo eso se requería un firme lazo entre «la visión empírica de los acontecimientos históricos y el análisis teórico general»³⁷.

tanto de informar desde el mercado la sociedad y El estado. [Ídem, p. 150]. Pero también desde estas bases de legitimidad informar y regular el mercado. Esta relación recíproca es la base del ordenamiento económico, del *Ordo*.

- 32 Cf. «Der Sinn der Wertfreiheit», ob. cit. p. 525-6, donde llama a no confundir «ein subjektiv 'rationales' Sichverhalten» con el «rationale 'richtigen', d.h. die objektiv, nach der wissenschaftlichen Erkenntnis, richtigen Mittel verwendendem Handeln identisch». Para él la tesis era que «Eine fortschreitende subjektive Rationalisierung des Handelns ist also nicht notwendig auch objektiv ein 'Fortschritt' in der Richtung auf rational 'richtige' Handeln».
- 33 «Jede Wissenschaft von geistigen oder gesellschaftlichen Zusammenhängen ist eine Wissenschaft vom menschlichen Sichverhalten (wobei in diesem Fall jeder geistige Denkkakt und jeder psychische Habitus mit unter diesen Begriff fällt)». Weber, ob. cit. p. 532.
- 34 *El nacimiento*, ob. cit. p. 134. Se trata de partir del problema de la «racionalidad irracional de la sociedad capitalista», una forma un tanto brutal de proponer la dialéctica entre racionalización objetiva y subjetiva. Tanto la escuela de Friburgo como la escuela de Frankfurt parten de este punto, que implica una recepción del programa de Weber. La escuela de Frankfurt aspiró a la idea de eliminar la irracionalidad económica, y Eucken tratará de «recuperar la racionalidad económica que permita anular la irracionalidad social del capitalismo» [*El nacimiento*, ob. cit. p. 134]. Ese fue el destino cruzado «del weberianismo en Alemania». Foucault muestra aquí una vez más su extraordinaria capacidad de intuición.
- 35 *El nacimiento*, ob. cit. p. 153.
- 36 *El nacimiento*, ob. cit. p. 153.
- 37 Se puede comprobar con cierta facilidad que los estudios actuales en Alemania sobre la ética de la economía no se han movido de estos planteamientos. Cf. Matthias Kettner, «Zwei philosophische Paradigmen der Wirtschaftsethik in Deutschland», *Information Philosophie*, Mayo, 2010, 2, p. 22-31. Aquí se analizan las dos grandes direcciones de la ética de la economía, la de Karl Homann, que asume la idea de que las abstracciones

Esto es lo que describió Eucken en una línea de despliegue de los planteamientos finales de Weber³⁸. La política gubernamental activa no opera en el vacío, sino que debe tener en cuenta los obstáculos históricos de un estilo económico asentado, anti-competitivo, por lo general basado en las primas que se cobran los señores políticos de todo tipo o que estos comparten con elementos monopolísticos o prebendados de la sociedad, a cambio de apoyo para seguir manteniendo el poder político. En suma, si el gobierno ha de llegar a producir un sistema competitivo, nada puede orientar su actividad tanto como los procesos históricos concretos que nos muestran la potencia arraigada de estilos lejanos del mercado y de su competencia. Considerar de forma plena e histórica los obstáculos a la competencia, esa es la única ética-económica verdadera. Si no viene en una mano con el diagnóstico crítico, la ética de la economía no sirve para nada. Predicar aquí tiene un precio: ha de traer una cabeza cortada. De algo del pasado histórico debe desprenderse. Ya podemos suponer la tragedia del liberalismo en España: quien debe defenderlo, es también quien menos quiere cambiar el pasado histórico, quien más quiere ignorarlo, quien menos quiere criticarlo, quien más lo ensalza como glorioso. Si me está permitido una autocita: describir esa ingente acumulación de estratos históricos que se oponen a una sociedad competitiva es lo que he querido describir en mi historia política de España, en esa formación específica de la primo-modernidad que he estudiado en la *Monarquía hispánica*.

Para resumir este punto, podemos recoger las tesis de Louis Rougier, quien resumió las conclusiones del Coloquio Lipmann, en el que el ordoliberalismo comenzó forjando sus intuiciones. Foucault las recoge así³⁹:

1. El régimen liberal no es natural, ni se puede confundir con la realidad –en el mismo sentido de Weber– sino que es resultado de un orden legal. Supone una intervención jurídica del Estado.

2. No hay razón para pensar que las instituciones legales existentes sean las más adecuadas para este fin de lograr la adecuada competitividad.

3. Ser liberal no es ser conservador ni mantener privilegios.

4. Es un régimen progresista pues adapta el régimen legal a los descubrimientos científicos, progresos y técnicas económicas, cambios de estructura social y exigencias de la conciencia contemporánea.

5. El ordoliberal no es manchesteriano ni planificador. Pero impone un código de ruta y un doble arbitraje: el de los consumidores por el mercado y el del Estado que asegura la libertad, la lealtad y la eficiencia del mercado.

de la economía de mercado ya integran la propia ética, porque la eficacia es éticamente preferible a cualquier otra dimensión y forma de solución de necesidades (cf. «Ethik in der Marktwirtschaft» en *Position des Roman Herzog Institut*, 2007, Heft, 3, Deutscher Instituts Verlag, Múnich, 2007, o Homann/ Suchanek, *Ökonomik. Eine Einführung*, Mohr Siebeck, Tübingen, 2000), frente a la posición más habermasiana de Peter Ulrich, que muestra la necesidad de proyectar cuestiones de legitimidad sobre el orden económico con la finalidad de construir una racionalidad integral económica. Cf. *Der entzauberte Markt*, Heder, Freiburg, 2002 y «Integrative Wirtschafts- und Unternehmensethik», en S. Blasche et al. Hg. *Markt und Moral*, Haupt Verlag, Bern. Claramente, la posición habermasiana tiene un impronta weberiana, tras *Teoría de la acción comunicativa*. Ahora no podemos detenernos en esta cuestión, que ya mereció nuestra atención en el número fundacional de *Dáimon*.

38 *El nacimiento*, ob. cit. p. 154.

39 *El nacimiento*, ob. cit. pp. 192-193.

Cierto, lo jurídico informa lo económico. No es una superestructura. Se trata de un orden económico-científico-jurídico-político, en la línea de Max Weber⁴⁰. La consecuencia es que la clase política no se cobra una prima de permanencia por atender intereses económicos concretos, y que sólo en este sentido puede impulsar políticas legítimas.

6. Política ordoliberal y republicanismo económico

Foucault ha visto claro: el ordoliberalismo debe impulsar «una intervención generalizada y administrativa del Estado». No hay contradicción entre intervención social y ordoliberalismo. Pero distanciándose de los impolíticos y anarcoliberales, Foucault ha dicho: «el neoliberalismo [ordoliberalismo] no es el gulag en la escala insidiosa del capitalismo»⁴¹. No es el keynesianismo, ni el nazismo. Cuando Foucault quería mostrar el origen de la biopolítica no quería hacer algo parecido a lo que luego Agamben hará en *Homo sacer*. El ordoliberalismo sigue fiel al principio del gobierno barato, limitado. Pero asume el reto weberiano de la socialización con fines de la producción de un marco adecuado de competencia. Lo peculiar es su forma de ajustar el ejercicio del poder político, en tanto «arte general de gobernar», a la economía de mercado. Y lo hace por la competencia, como el principio y la concepción general de la vida que debe inspirar el orden de socialización compatible con la libertad personal. La competencia es un bien público, forma parte del núcleo básico de la *res publica*, y por eso mantenerla, perfeccionarla, crearla, es un objetivo político. Ahora bien, la competencia es una estructura clara en su lógica antimonopolista y antiprivilegiada, pero «frágil en su existencia histórica». Sobre el «espacio concreto y real» del estilo histórico existente, el arte general del gobierno debe intervenir para crearla. Eso requiere una intervención permanente y una política activa. Esa fue la tesis de Walter Lippmann en el Coloquio de 1938⁴². Este coloquio planteó preguntas muy parecidas a las que por ese momento se hacía Schumpeter. ¿Puede sobrevivir el liberalismo a partir de sus propias leyes? ¿Puede satisfacer el liberalismo las exigencias democráticas de la sociedad de masas? En suma, ¿es posible un liberalismo positivo con política social? Aquella política fue calificada en el congreso «política liberal de izquierda», aunque se prefirió «liberalismo social» o «neoliberalismo»⁴³. Sobre estas premisas hicieron pie los ordoliberales que fundaron la economía social de mercado. En todo caso, la tesis fue que «la libertad del mercado necesita una política activa y extremadamente vigilante», que debía ser «consciente de sus metas y de la limitación de su campo de actividad», y que por tanto debía abstenerse de «un intervencionismo conformista». Y esto es así porque el Estado es «responsable del resultado de la actividad económica». Se quiera o no se quiera, el Estado debe intervenir en el devenir económico garantizando la racionalización de la subjetividades finitas. Si no se hace desde

40 *El nacimiento*, ob. cit. p. 194.

41 *El nacimiento*, ob. cit. p. 157.

42 Fue su obra más importante *An Inquiry into the Principles of the Good Society*, Boston, Brown, 1937, traducida al castellano en *Retorno a la libertad*, en México Uteha, 1940. El congreso Lippmann fue presidido por Raymond Aron, el autor por entonces de la *Introducción a la filosofía de la historia* y *La sociología alemana contemporánea*. Esta era casi la primera recepción francesa de Weber. El congreso fue el origen de Crentro Internacional del Estudio para la Renovación del Liberalismo.

43 Foucault, *El nacimiento*, ob. cit. p. 161, nota 15.

una instancia pública, lo harán otros desde instancias privadas. Si no lo hace de forma legítima, lo harán otros de forma ilegítima, pero entonces llevarán la tiranía a la política y la falta de competencia a la economía, y así se reforzarán recíprocamente ambas desviaciones de sus propias racionalidades. No se trata por tanto de intervención o no intervención, ni de su cantidad, sino de la naturaleza de la intervención y de sus límites. Era la respuesta política liberal y republicana al Estado total intensivo de Schmitt.

En el fondo Schumpeter estaba muy presente en estos teóricos alemanes. No se podía desarrollar la competencia sin que a la postre apareciesen fenómenos monopolísticos que atenúan o suprimen la competencia. Era el resultado inevitable del éxito que la propia competencia propicia. Sin embargo, esta posición dominante económica debía ser temporal y pronto una innovación técnica debía acabar con ella. En el caso de que no se diera la innovación, pronto se imitaría a la empresa triunfante y su campo de actuación podría abandonarse como poco rentable. El peligro procedía de ese monopolio que constituye «un cuerpo extraño al proceso económico y no se forma de manera espontánea»⁴⁴. Entonces la complicidad del Estado y de los poderes políticos resulta patente mediante la consolidación de privilegios. Entonces emerge el problema social y político arcaico, «cuyo principio es en esencia la intervención de los poderes públicos en la economía»⁴⁵. La estructura del análisis ordoliberal refinaba sin embargo a Schumpeter. La concentración a la que lleva el aumento del capital fijo no conduce «necesariamente y fatalmente al monopolio». Para ello es todavía necesario que surja «la neofeudalidad depredadora», apoyada por el Estado, las leyes, los tribunales o la opinión pública, esto es, el *Wirtschaftsstyl arcaico y señorial, apoyado en una actitud de dominio ilegítimo*. Como tal, «va más allá de la inmejorable situación económica de la concentración» de naturaleza específicamente económica y debida al éxito competitivo. Uno parece estar oyendo las denuncias de Weber a los viejos *junkers*, a los periodistas, a los burócratas corporativos.

Para evitar todo esto, el gobierno ordoliberal debía intervenir con acciones reguladoras y ordenadoras. Sin embargo, no lo hace sobre el mercado de forma directa, sino sobre sus condiciones. El ancestro de Kant sigue operando y las funciones «regulativas» señalan a tres principios: «tendencia a la reducción de costos; tendencia a la reducción de la ganancia de la empresa, y tendencia al alza de ganancias mediante reducción de costos o aumentos de productividad»⁴⁶. Por ejemplo, no se conseguirá control de precios mediante decretos de máximos, sino por el control de la inflación. La clave es que no pueden ser objetivos primordiales directos el «mantenimiento del poder adquisitivo, el mantenimiento del pleno empleo y ni siquiera el equilibrio de la balanza de pagos»⁴⁷. Para ello se mantendrá una política de reducción de deuda comercial, una disminución moderada de la presión fiscal, pero no se fijarán precios, ni inversión pública, ni creación sistemática de empleos, ni aspiración al pleno empleo, porque el desempleado es un «trabajador en tránsito» Hasta aquí los principios reguladores que en la presente situación se han vuelto a mostrar operativos.

Las acciones ordenadoras deben influir sobre las condiciones del mercado, sobre el marco, el «ámbito propio del Estado». Aquí está la realidad concreta, la que no surge de

44 Cf. Röpke, *La crisis de nuestro tiempo*, Segunda parte, cap. 3.

45 Foucault, *El nacimiento*, ob. cit. p. 164.

46 Böhm, citado por Foucault, *El nacimiento*, ob. cit. p. ob. cit. p. 170, n. 38.

47 Foucault, *El nacimiento*, ob. cit. p. 171.

forma espontánea. «Los seres humanos y sus necesidades, la población activa e inactiva, los recursos naturales, los conocimientos técnicos y científicos, la organización política y jurídica de la sociedad, la vida intelectual, las clases y grupos sociales, las estructuras mentales», todo está afectado por esta ordenación del marco⁴⁸. Por eso, la función ordenadora del marco actuará sobre la población en general, en las «técnicas, aprendizaje, educación, régimen jurídico.» En suma: esta acción afecta a las «bases materiales, culturales, técnicas, jurídicas». Se trata de elementos sociales y se elige el sitio en el que se ha intervenir de forma adecuada. Aquí se abandona la distribución equitativa de bienes de consumo o las transferencias de servicios, que ya no son objetivos. Al contrario «debe dejarse actuar a la desigualdad» a condición d que la desigualdad haya de ser la misma para todos⁴⁹. Las transferencias de recursos tienen un carácter muy limitado: sólo las que afectan al sobre-consumo para transferirlas al sub-consumo. Se trata de la transferencia de «un máximo a un mínimo». No es regular y planificar para imponer una media ideal de justicia. Rawls y sus exigencias no serían el centro de la finalidad del sistema.

Sabemos hacia donde se dirige esa política y Foucault lo ha subrayado. Su resultado es que la forma privilegiada de la actividad económica, la del empresariado deseado por Weber, se universaliza llegando potencialmente a todos los agentes que intervienen en la economía. Los trabajadores son empresarios activos, no actores pasivos. Su tiempo no se mide por horas, sino por la propia inversión en formación. El trabajo es un capital, se forma mediante una inversión, produce una renta, racionaliza el tiempo, los plazos cortos y largos de recepción de beneficios. Y debe producir un beneficio o renta con ingresos bastante altos como para poder auto-asegurarse sobre su propia reserva privada. En suma, se aspira a la capitalización más generalizada posible para todas las clases sociales. Se trata de una «política social individual» o una «individualización de la política social»⁵⁰. Capitalizar a cada individuo de forma racional, aunque para ello se requiere un «crecimiento económico» adecuado. Nada de burbujas, de especulación, de juegos de azar. Esta es la economía social de mercado. La política social interviene en el marco formal, pero los actores se entregan a su *ratio* privada, en cierto modo como en Adam Smith, como en Kant. Para lograr ello se requiere que el gobierno gobierne la sociedad. Tenemos un liberalismo sociológico o como podría haber dicho Weber, una *Gesellschaftspolitik*. Si en esta sociedad se logra que el mercado sea posible, el gobierno operará desde la racionalidad política que le está a la mano⁵¹. Esto significa que en esta sociedad el económico será el «criterio general de los elementos». Para ello, la sociedad tendrá que normalizarse y disciplinarse a partir del valor y la forma económica, de la responsabilidad respecto a la propia empresa, respecto a su propia competitividad. La razón del Estado y la razón del agente económico son isomórficas. La deuda privada y la deuda pública son variables igualmente significativas.

En suma, esta sociedad, que no tiene nada que ver con la del espectáculo, ni del consumidor, es ante todo una sociedad de empresa. Es la sociedad que forja el *homo economicus*, «hombre de la empresa y la producción», el hombre de Weber en una nueva época de su

48 Son las tesis de Eucken; *El nacimiento*, ob. cit. p. 172, n. 40.

49 Foucault, *El nacimiento*, ob. cit. p. 176.

50 *El nacimiento*, ob. cit. p. 177.

51 *El nacimiento*, ob. cit. p. 181.

evolución histórica⁵². Foucault ha dicho: «el análisis de la empresa que se había desarrollado desde el siglo XIX: análisis histórico, análisis económico, análisis moral de lo que es una empresa, toda la serie de trabajos de Weber [...], de Schumpeter sobre lo que es una empresa, todos ellos sostienen relativamente en gran parte el análisis o el proyecto neo [ordo]liberal»⁵³. Y de nuevo: se quiere volver a «una ética social de la empresa cuya historia política, cultural y económica habían procurado hacer Weber, Sombart y Schumpeter».

Esta intervención social debe producir «un verdadero programa de racionalización económica»⁵⁴. Verdadero, debemos decir, porque acoge a la vez la racionalización subjetiva y objetiva. Dejando aparte que aquí está el origen de la biopolítica, ahora debemos centrarnos sobre todo en su ancestro, lo que Rüstow acuña con la palabra clave de «*Vitalpolitik*, la política de la vida», que parece estar citando a ese Weber que ancla en «*die lebendige Menschen*». Veamos dos citas, primera una de Röpke, uno de los amigos de Eucken y dice así⁵⁵:

«Las medidas que aquí deben considerarse (para un cambio sustancial de los fundamentos sociológicos [de desmasificación y de desproletarización] conciernen ante todo a la promoción de la descentralización económica y social, en sentido de una distribución que atienda a los mandatos de la economía de la pequeña y mediana empresa, de reparto de la población entre la ciudad y el campo, y entre la industria y la economía rural; en el sentido de una diversificación de las grandes empresas, de la promoción de la pequeña propiedad propia de las masas y de las demás circunstancias que propicien un arraigo de los actuales nómadas de la gran ciudad y de la industria. Debe buscarse eliminar al proletariado entendido como una clase libre formada por beneficiarios de ingresos salariales a corto plazo y crear una nueva clase de trabajadores que, mediante la propiedad, las reservas, su inclusión en la naturaleza y la comunidad, la corresponsabilidad y una labor que porte en sí misma su sentido, devengan así ciudadanos valiosos de una sociedad de hombres libres».

Ahora el texto de Rüstow, otro de los amigos de Eucken:

«Una política de la vida que no esté esencialmente orientada, como la política social tradicional, hacia el aumento de los salarios, sino que tome conciencia de la situación vital de conjunto de un trabajador, su situación real y concreta, de la mañana a la noche y de la noche a la mañana».

Se hacía referencia con ello a la higiene material y moral, al sentimiento de integración social, a la definición de un *ethos* integral por el cual el ser humano toma a cargo la totalidad de su vida y no pierde de vista su relevancia económica⁵⁶.

52 *El nacimiento*, ob. cit. p. 182.

53 *El nacimiento*, ob. cit. p. 183.

54 *El nacimiento*, ob. cit. p. 185.

55 *Grundtexte*, p. 59, citado en *El nacimiento*, ob. cit. p. 185-6. notas. El texto luego se incluye en extractos en *Civitas Humana*.

56 Los textos principales de Rüstow son *Wirtschaft ohne Wunder*, ed Albert Hunold, E. Rechtsch, Erlenbach y Zurich, 1953, pp. 97-108. El mismo autor escribió «Sozialpolitik oder Vitalpolitik», en *Mitteilungen der Indus-*

Esta multiplicación de la forma empresa dentro del cuerpo social constituye el objetivo de la política ordoliberal. Esta sociedad no está «ajustada a la mercancía y su uniformidad», sino a la «multiplicidad y la diferenciación de las empresas»⁵⁷. Esta aspiración de los ordoliberales parece el programa de la «mayoría de los gobiernos en los países capitalistas» ha dicho Foucault. Y es verdad. Sin embargo, hoy no podemos dejar de leer el comentario sin cierta nostalgia, una de las formas de apreciar el cambio histórico. La batalla que hoy se manifiesta en toda su plenitud no puede ser entendida al margen de estos antecedentes. Sólo ella puede iluminarnos acerca de las verdaderas decisiones y alternativas que están en juego.

7. Ethos de nuevo

Ahora concluyamos con algunas observaciones sobre el problema político de esa intervención creadora sobre el marco competitivo. Reparemos en la «condición histórica y social de la posibilidad de una economía de mercado». Pues debe sobre todo anular «los mecanismos anticompetitivos que pueda suscitar la sociedad»⁵⁸. Y este es de nuevo el problema del *ethos*.

En este nivel, para los ordoliberales, está a la par la historia, el derecho y la economía propiamente dicha. Lo económico es un conjunto de actividades dirigidas por reglas de niveles, formas, orígenes, fechas y cronologías muy diferentes. Estas reglas «pueden ser un *habitus* social, una prescripción religiosa, pueden ser una ética, un reglamento corporativo y así mismo una ley»⁵⁹. En suma, lo económico no es un proceso mecánico o natural, sino que está afectado por todo el orden histórico-social. No puede separarse de la historia salvo por un proceso formalizante. Aquí Eucken habla de «abstracción aislante», frente a Weber, que habla de «abstracción generalizante»⁶⁰. La diferencia es menor. Este conjunto económico jurídico formal, puro, es el sistema en el sentido de Eucken, algo *eidético* como habría prefe-

trie und Handelskammer zu Dortmund, 11 de noviembre de 1951, pp. 453-459 y «Vitalpolitik gegen Verfassung», en Albert Hunold, comp. *Masse und Demokratie. Volkswirtschaftliche Studien für das Schweizer Institut für Auslandsforschung*, Zurich, E. Rentsch, 1957, pp. 215-238. Cf. C. J. Friedrich, «The political Thought of Neo-Liberalism» en *The American Political Science Review*, 49, 2, junio 1955, pp. 513-514. Alfred Müller-Armack dice en otro pasaje citado por Foucault: «La pretensión aquí elevada podría corresponder de manera apropiada y conforme a su voluntad a una política de la vida en el sentido dado por A. Rüstow, una política que está dirigida más allá de lo económico a la unidad vital del ser humano». [*El nacimiento*, ob. cit. p. 185-6, nota. Aquí resuenan los ecos de Weber de manera más clara.

57 *El nacimiento*, ob. cit. p. 187.

58 En esta clave se usa en Henri Lepage, *Mañana el capitalismo*, Madrid, Alianza, 1978. Aquí es muy citado el coloquio Walter Lippman de 1939.

59 *El nacimiento*, ob. cit. p. 194.

60 Cf. «Methodological Aspects of Eucken's Work», por Carsten Herrmann-Pillath, *Journal of Economic Studies*, 1994, vol. 21, 4, pp. 46-60. Cf. *Staat, Gesellschaft und Wirtschaft bei Max Weber und bei Walter Eucken. Eine theorievergleichende Studie*, Taschenbuch Hänsel-Hohenhausen, Verlag der Deutschen Hochschulschriften DHS (1. Januar 1998). Sin duda Eucken no considera que la ciencia debe estar desvinculada del valor, sino que tiene que mantener compromisos con los mismos valores que hacen posible la ciencia y que son los de generar una sociedad liberal. Desde este punto de vista, ha concentrado las diferentes relaciones posibles entre racionalización objetiva y subjetiva en el sentido de una afinidad electiva completamente ineludible entre ambas bajo el contexto del liberalismo. Aquí se ve la influencia de Husserl. Cf. también Ingo Pies, *Eucken und von Hayek in Vergleich*, Mohr/ Siebeck, 2001, p. 54. Con todo, los supuestos filosóficos generales weberianos no pueden ser derrotados con esta vinculación fuerte.

rido decir Husserl, o nomológico que habría sugerido Weber. Pero debe ser complementado por el *Styl*, que le ofrece la carne histórica y la dimensión política a la abstracción económica, las formas concretas en las que interfieren los sistemas culturales, políticos, religiosos, científicos en el campo económico. Foucault ha dicho que tenemos así el «paquete completo, digamos weberiano, de problemas de la historia y la sociología económicas»⁶¹. Ahí se dan cita la racionalidad y la irracionalidad del capitalismo y se garantiza su supervivencia o se anuncia su muerte.

Y ahí tenemos de nuevo el problema básico: el *ethos* necesario para operar en el marco de la competencia siempre debe abrirse camino frente a otro *ethos*. El *ethos* es siempre una plaza ya ocupada. El de la economía competitiva no es compatible con todos los elementos históricos éticamente consolidados en hábitos sociales, jurídicos, institucionales, políticos. Pretender abordar un *ethos* económico en el terreno de la abstracción formal económica, de las idealizaciones formales, en el ámbito del *Wirtschaftssystem*, es un error. Espredicar.

«¿Dónde y gracias a qué podrá producirse esa irrupción de la innovación dentro del capitalismo?» clave para la competencia⁶². No por el lado de las leyes del mercado. Pero sí por lo que Eucken llama «derecho económico consciente». Este concepto es la clave del progresismo porque todos los poderes existentes, para Eucken, se formaron al margen de «un verdadero derecho económico consciente»⁶³. Por tanto, el derecho económico consciente debe llevarnos a «tomar conciencia de las modificaciones que es posible efectuar en ese complejo económico jurídico». Y esto implica una innovación institucional. Para producir el *Wirtschaftsordnung* competitivo es preciso el *Rechtstaat*, que no es un planificador económico, ni un «sujeto universal de saber en el orden de la economía»⁶⁴. Hegel es abandonado. Este Estado planificador sería decisivo, tendría que simular ser un «control consciente», debería fingir que sabe y así no haría sino improvisar. El Estado debe definir las reglas de juego, pero los agentes deben ser tanto los individuos como las empresas. Ahora el orden político debe ofrecer el «marco más racional» para que los individuos operen según sus planes personales y sus fines, con sus objetivos y tácticas, sus conflictos y arbitrajes. De otra manera, sería la misma libertad general la amenazada, porque los errores de la economía planificada sólo pueden ser ocultados con más poder y este camino sólo puede hacerse con la «supresión de las libertades fundamentales».

La consecuencia es que se debe intervenir produciendo competencia de nuevo y con ella orden económico. Sin duda, el ordoliberalismo está relacionado con el problema del capital humano. Este problema, como todos los otros que ponen la economía en relación con la sociedad, no es abordable sin reconocer las premisas culturales de la vida económica⁶⁵. Todo lo que se diga de capital humano y de ética de la economía tiene que traer en una mano buena retórica sobre la responsabilidad, pero debe dar en la otra una identificación de los hábitos culturales, sociales y políticos que se oponen a la construcción de una sociedad competitiva.

61 *El nacimiento*, ob. cit. p. 199.

62 Foucault citando a Eucken, *El nacimiento*, ob. cit. p. 199.

63 Foucault hace pie en *Wirtschaftsordnung*, que se puede leer en Eucken, *Cuestiones fundamentales de la política económica*, Madrid, Alianza, 1967.

64 Foucault, *El nacimiento*, ob. cit. p. 207.

65 Cf. Nils Goldschmidt, *Entstehung und Vermächtnis ordoliberalen Denken*, Walter Eucken und die Notwendigkeit einer kulturellen Ökonomik, LIT Verlag, Múnich, 2002.

Sin ello, no estamos en condiciones de decir nada concreto. Y ahora nos enfrentamos al viejo y nítido programa weberiano. Pues sólo tres terrenos son adecuados a la definición de *ethos*: el de la ciencia, el de la empresa y el de la política. Quien quiera decir una palabra sobre *ethos* económico, debe decir con claridad que esto no es posible allí donde la ética de la empresa no se ha universalizado como ética de la responsabilidad que hace de cada uno un portador de capital humano y asume una competitividad no atravesada por industrias y sistemas financieros protegidos y conformados por monopolios políticos. Pero este hábito no puede abrirse camino si las instituciones de la ciencia no disponen de un *ethos* afín, que permite esa capitalización mediante un sentido de la competencia y la entrega a una ciencia como vocación. Para ello, no debería engañar a los que visitan sus instituciones con un paternalismo protector que le quiere ocultar el sentido económico competitivo y emprendedor activo que tiene la vida social. Y esto no puede abrirse camino sin un sistema político que aspire a usar los recursos públicos para permitir que los ciudadanos se capitalicen en condiciones de igual desigualdad en los sistemas de enseñanza y de crédito, y así lograr que en esos mismos sistemas educativos alcancen las formas de vida adecuadas al principio de realidad, de la escasez y de un hábito de consumo que es siempre un ejercicio de responsabilidad económica. Un sistema político tal tiene que dejar de aspirar a ser un neofeudalismo depredador, propio de un gobierno de señores políticos que cobran sus prebendas de forma continua. Quien no quiera hablar de todo esto, también debería callar acerca de ética de la economía.

Pero este programa no puede lograrse si no se saben mantener determinadas estructuras de integración emocional y afectiva, que son otras tantas estructuras simbólicas que refuerzan el principio de realidad y ponen límites a esta sensación de omnipotencia que encierra la ilusión narcisista. El *ethos* económico no está al margen de lazos afectivos sustantivos sobre los que se sostiene la racionalización subjetiva, sino que emerge en toda su potencia, necesidad y urgencia por la propia fuerza de aquellos, en su capacidad de identificar grupos humanos dentro de los cuales imaginamos los sentidos de la vida en general. En la soledad no hay ética económica porque no hay principio de realidad. Este requiere siempre un sentido del tiempo que exceda el de nuestra propia vida. En este ámbito de cuestiones, el *ethos* económico es racional en el seno de una vida sentimental y afectiva, por la cual mantenemos el sentido global de la existencia como algo vinculado a seres humanos que nos trascienden. Por responsabilidad con este sentido grupal, asumimos el trabajo de la razón. Y por responsabilidad con él –sea familiar o político– deberíamos ser firmes en luchar por mejorar los sistemas de competencia, los sistemas educativos y los sistemas políticos. Ellos pueden llevar a la ruina de todo lo que queremos. Y aquí tenemos que elegir. O claudicar ante un sentido protegido de la vida que pronto descubrirá que quienes nos debían proteger son un atajo de incompetentes, que además se cobran una alta prima por serlo; o exigir que su actuación genere un bien público, una *res publica*, una sociedad competente, y que devuelvan los recursos que les hemos entregado con un rendimiento que sólo puede ser público, formal: una sociedad civil más competitiva, donde las desigualdades partan de una inicial igualdad y no generen privilegios ni monopolios. Aquí, de nuevo, la competencia es un bien público igualador. Y por su estructura cada vez de nuevo buscada y renovada se genera el sentido de una *societas civilis* que permite un pueblo laborioso gobernado por un gobierno republicano barato. Imponer este gobierno es la capacidad que tiene un pueblo que, como decía Franklin, no sólo es laborioso, sino virtuoso.